

Ramón SAMPEDRO,  
Cartas desde el infierno,  
Planeta, Barcelona, 2004  
págs. 11-15, 23-29, 32-37, 40-41,  
81-87, 90-99; 250-256.

PRÓLOGO PARA «CARTAS DESDE  
EL INFIERNO»

*El día 23 de agosto de 1968 me fracturé el cuello al zambullirme en una playa y tocar con la cabeza en la arena del fondo. Desde ese día soy una cabeza viva y un cuerpo muerto. Se podría decir que soy el espíritu parlante de un muerto.*

*Si hubiese sido un animal, habría recibido un trato acorde con los sentimientos humanos más nobles. Me habrían rematado porque les habría parecido inhumano dejarme en ese estado para el resto de la vida. ¡A veces es mala suerte ser un mono degenerado!*

*Dicen los técnicos de la medicina, y se lo confirman los políticos, jueces, juristas y demás castas asociadas para formar el inhumano estado del derecho y bienestar —sería más coherente llamarle del revés y del malestar—, que un tetrapléjico es un enfermo crónico.*

*Si se utilizase el lenguaje con precisión, sería menos engañoso afirmar que un tetrapléjico es un muerto crónico.*

*¡No me gusta hacer el papel de muerto crónico en esta comedia del vivir para sobrevivir en función de la picaresca del lenguaje técnico!*

*Considero que un tetrapléjico es un muerto crónico que tiene su residencia en el infierno. Allí —con el fin de evitar la locura— hay quien se entretiene pintando, rezando, leyendo, respirando o haciendo*

algo por los demás. ¡Hay gustos para todo! Yo me he dedicado a escribir cartas. Cartas desde el infierno.

Que nadie busque una línea metódica en esos escritos. Todos son como variaciones sobre un mismo tema. Una idea sola. Una sola pasión.

Me interesan, sobre todo, la libertad del ser humano y todo cuanto gire alrededor de la vida, el amor y la muerte. Así como los tres sentidos que psicológicamente determinan nuestra existencia, las creencias, el pensamiento y la conducta: el placer, el dolor y el temor.

El día que la ciencia dio por imposible curarme la parálisis, pensé, con la desesperación del animal atrapado en la trampa infernal de algún cruel y despiadado cazador, en la bondad de la muerte. ¡La caridad bien entendida comienza por uno mismo! Pero este principio moral parece que sólo lo entienden los políticos, jueces, religiosos, médicos, cuando se trata de aumentar sus salarios para cobrar el bien que hacen por la humanidad.

Al principio, sólo piensas en liberarte. Sólo hay dos alternativas: convertirte en un ser absurdo, ser lo que no deseas ser, un habitante del infierno; o ser coherente con la utopía de la vida. Liberarse del dolor, buscar el placer a través de la muerte. Me decidí por la liberación, no como lo negativo sino como lo positivo: buscar algo mejor.

Lo primero que expresaron mis padres cuando les dije que deseaba la muerte fue que ellos me preferían así a perderme para siempre. No hay forma de escapar, la gente no quiere tocar el tema. La ley prohíbe. Y el «¡yo no soy capaz de prestarte la ayuda que me pides!» prevalece como la voluntad de una ley invisible sobre la personal.

Ésa fue la primera vez que me encontré con el muro impenetrable del paternalismo bienintencionado. No quiero decir que mis padres, familiares y

amigos no sientan lo que afirman, lo que digo es que no tienen el derecho de que prevalezca su deseo y voluntad sobre los míos.

A principios de 1990, consigo la colaboración para una eutanasia discreta. Pero, ante la evidencia, sale a relucir el autoritarismo. Entonces, ya no es: «¡yo no puedo!», «¡a mí no me lo pidas!», sino: «¡yo no quiero!», «¡yo prohíbo!»

Acudí entonces a los jueces y sucedió otro tanto: «yo no soy competente», o la falta de forma. Al final, el insulto de los dogmáticos fundamentalistas de la creencia ciega en el sufrimiento purificador: ¡Cobarde, si quieres morirte muérete, pero déjanos en paz y no ofendas a Dios!

Parece que nunca se les ocurrió pensar que ellos son el fracaso de la razón, y no yo.

En abril de 1993 tomé la determinación de reclamar la eutanasia como un derecho personal. Nunca me había imaginado tanto terror y supersticiones ocultas. Parece como si se hubiesen conjurado todos los necios de la tierra para hacerme desistir de seguir por ese camino. Según ellos, voy errado.

No me guía otro interés que el de mostrar que la intolerancia del Estado y la religión son como una idea fija. Son los enemigos naturales de la vida y los responsables de la destrucción del hombre como individuo.

Dice uno de sus colaboradores: esto es nuestro fracaso, no supimos darle motivos para vivir. Unos se sienten ofendidos porque rechazan el ofrecimiento de la protección de su dios. Los otros, porque les desprecias sus paliativas e inútiles ciencias.

Después de haber oído cosas tan absurdas como las siguientes, sólo nos queda escribir Cartas desde el infierno.

¿Quieres sanarte?, pregunta uno.

Claro que sí, respondo.

*Pues ruégale a Dios, que si lo haces de verdad te sanará.*

*Pero, si Dios ya sabe que lo deseo de verdad, ¿por qué tengo que pedírselo?*

*Yo te aprecio mucho, dice alguien. ¿Me crees?*

*Sí, ¿y qué tiene que ver que me aprecies mucho o muchísimo, y yo también a ti, si eso no cambia la realidad?*

*Tú renuncias a vivir. Eres negativo, destructivo, asegura el sabihondo.*

*Esta mentalidad entre dominante y lacayuna resulta tan ridícula que sólo a un ser absolutamente degenerado puede resultarle natural ese comportamiento humillante.*

*¡Si no fuese por vuestras taras, no seríais lo mismo!*

*¿Serías tú lo mismo si no fueses tetrapléjico?*

*¿Habrías reflexionado sobre las mismas cosas?*

*Claro que no, el individuo es siempre él y su circunstancia. Pero si necesitas la visión, o vivencia, del horror para elevarte y crecer espiritualmente, humanizarte y ser ética y moralmente superior, mírate a ti mismo. Tú puedes estar incapacitado para amar, pero no justifiques por ello el horror de los demás. ¡Para entender el dolor no es necesario vivirlo!*

*¡Sólo a una garrapata se le ocurrirá decir que el deber de su perro es sufrir!*

*El autoengaño del ser humano ante la muerte lo ha llevado a tal sinrazón que la niega racionalmente. No se le enseña el sentido de la muerte. Y la estrategia dominante de los maestros se ha convertido en una forma de cultura parasitaria.*

*Está bien que alguien no quiera oír hablar de la muerte, pero hacer creer que la persona, o personas, que piden el derecho a decidir el final de sus vidas, lo que en realidad están pidiendo es que les demuestren cariño, sólo pone de manifiesto que son*

*los maestros del engaño los que se están engañando a sí mismos. Lo que éticamente cabría hacer sería concederle a cada persona la libertad que reclama. Es decir: pedid y se os dará. Si llevan a cabo lo que dicen desear, no hay autoengaño, y si no lo hacen, sí. Ésta sería la única forma de no manipular la verdad. De no crear infiernos desde donde la única libertad que nos queda es la de escribir cartas, que pueden ser dramáticas y aterradoras u optimistas y de autoengaño. Y así el condenado se distrae pensando que en el infierno, a pesar de todo, no se pasa tan mal.*

RAMÓN SAMPEDRO CAMEÁN

pasado por los recuerdos. Nita de Vilas me pellizcaba las piernas y las manos, y me preguntaba:

—¿No sientes nada?

Ésa fue la primera vez que comencé a ver a los seres humanos desde abajo. Me metieron en un coche y me llevaron al circuito médico y continué viendo como fantasmas las caras de las personas. Desde abajo. Desde la camilla. Desde la cama. Ahí es donde empecé a contemplar el mundo desde el infierno. Parece que siempre veía a la gente allá arriba... Uno quiere levantarse, ponerse a su altura, en el lugar que había abandonado unas horas antes. Y tomas conciencia de que eso nunca jamás podrá ser.

Después de tres meses de deambular por entre los vericuetos de la ciencia, buscando el equilibrio perdido, pasa el tiempo y tomas conciencia de que no puedes encontrarlo. Nunca jamás. Ni puedes morirte, ni volver atrás.

## ¿Y CÓMO HABLO DE AMOR SI ESTOY MUERTO?

¿Y cómo hablo de amor si estoy muerto?

Si los muertos no tenemos pasiones,  
ni de humanos afectos sentimientos  
sólo somos de los vivos el espanto.

Todo es incoherencia y contradicción  
para un muerto entre los mortales.  
No lo excitan la luna, ni la flor, ni la hembra,  
porque no tiene carne para reproducirse.

¿Hay cosa más absurda que escuchar a un cadáver  
hablar apasionadamente como un humano,  
si no puede sentir ni el calor ni el frío  
ni el placer ni el dolor o el llanto?

Es horrible ser un muerto entre los humanos.  
Ser el muñeco con quien representan una parodia  
absurda  
los psicópatas esquizofrénicos vivos  
que disfrutan con la visión de un cadáver  
putrefacto.

Embadurnado de excrementos, babas y locura  
al que con asco y saña, impertinentes, siguen  
limpiando.  
Y pide liberarse, el cadáver, de entre los vivos locos,  
pero éstos no entienden los silenciosos gritos de  
los muertos.

Y con patético ensañamiento lo siguen animando:  
cuenta, muerto, tu historia de lo que estás pasando;  
parece que eres uno de nosotros, los vivos,  
aún aparentas algo de ser humano.

En vano les digo, ¡que no!, ¡que estoy muerto!,  
que ya no puedo hablar igual que ellos  
porque me resulta absurdo hablar igual que los  
humanos.

Y no me dejan ser ni muerto ni vivo  
estos locos y alucinados desquiciados.

Querida Martha:

He leído la carta que has enviado a DMD —España—, en la que expresas tu voluntad de liberar a la vida del mal, del sufrimiento del dolor, como tú dices, matando el cáncer el día 24 de septiembre.

Me ha conmovido tu sereno y ejemplar testimonio de cómo la razón debe imponerse a lo absurdo.

Creo que uno de los graves errores del cristianismo es no saber, o no querer, darle otro sentido a la muerte, a esa muerte a la que nos referimos todos los que hablamos de la eutanasia, considerada como un bien, la que tiene como único fin liberar a la vida del dolor sin sentido racional.

Yo me considero agnóstico. Pero entiendo que si la utopía de todo ser viviente es conseguir liberarse del dolor, entre ellos el humano, ésta tiene que ser la utopía o voluntad del hipotético ser creador.

El mal que los cristianos ven en la eutanasia es, si no falso, erróneo, pues el mal no está en el acto en sí, sino en la intención. Los mismos cristianos esperan que venga un liberador a exterminar el mal de la faz de la tierra, cuando debería

entenderse que es el deber moral de los hombres hacerlo.

Se suele argumentar que el sufrimiento purifica al hombre. ¡Ésa sería la idea de cualquier buen tirano!

Si el ser que tiene conciencia ética necesita experimentar el dolor en su propio cuerpo, verlo en un ser querido o en cualquier ser viviente para humanizarse, es porque está incapacitado para amar —o lo han incapacitado unas costumbres culturales insensibles ante el sufrimiento porque errónea, o astutamente, se da por supuesto que es lícito explotarlo para el bienestar de los dominantes, poderosos, o más fuertes—. De ahí es lógico derivar a una aberrante interpretación de que el todopoderoso creador de la vida pueda enfadarse y castigar a quien se le ocurra renunciar a la vida para renunciar al sufrimiento.

Pienso que sólo la conciencia ética de una razón pura puede liberar a la persona —y con ella a la vida— de lo absurdo.

Cristo enseñó muchas cosas, entre ellas a liberarse del temor al dolor y a la muerte, y a no dejarse intimidar por las amenazas del poderoso, ya que esos dos temores no racionalizados culturalmente son el arma más eficaz de la que se valen los tiranos de todo tipo para dominar.

El día 23-8-1968 me fracturé el cuello —c7— al lanzarme al agua en una playa para bañarme. Después de salir del hospital, convertido en un tetrapléjico para el resto de mi vida, algo me decía que ése era mi tiempo de morir.

Siempre pensé —y pienso— que después de la muerte hay otro equilibrio. Nada en el universo es caótico, todo es armónico, puro equilibrio. La materia vuelve siempre al equilibrio, o a un equilibrio: después de la primera explosión cósmica, retorna

el equilibrio. Después del orgasmo, el equilibrio. Después de la muerte, el equilibrio. Y pienso que el mismo acto de renunciar a la vida para destruir al dolor destruyendo la causa, como tú dices, matando al cáncer, si te liberas de todo temor, si crees verdaderamente en esa lógica universal, ese tránsito, o trasmutación material, tiene que resultar placentero. Lo que falla es el método racional humano y humanizado de llevarlo a cabo, es decir, vencer al temor, tener la certeza de que no habrá sufrimiento en ese instante de soltar las amarras de la vida. Creo que eso es lo que realmente atemoriza a los apologistas del sufrimiento como un deber moral, por eso reprimen esa libertad. Si el individuo-persona se libera del temor al dolor y a la muerte, podría ser indomesticable. ¡Antes morir que ser esclavo de ningún sufrimiento injusto!

Después del hospital, regresé a casa de mis padres.

Al cabo de los años, conseguí el modo de llevar a cabo mi deseo de morir de esa forma racional y humana —eutanásica—, pero una persona de mi entorno familiar se niega a colaborar de ningún modo, y además amenaza con denunciar el caso a la justicia.

Harto de condescender con tanta hipocresía y mezquindad, decidí llevar el caso ante esos tribunales de justicia para que me respondiesen si debe ser castigada la persona que me preste ayuda. Me lo rechazaron por un defecto de forma, tanto en España como en el Tribunal de Derechos Humanos. Ahora está de nuevo en el juzgado de primera instancia de La Coruña —ése era el defecto formal: que la demanda había sido presentada en Barcelona en lugar de La Coruña.

Espero que en el plazo de un año, más o menos, haya una sentencia definitiva del Tribunal

Supremo o Constitucional. Después de este proceso kafkiano, tanto si la sentencia es positiva como negativa, espero que nos encontremos, no sé cómo o dónde, y se repita como se repite por aquí tan a menudo: ¿De qué nos conocemos? ¿Dónde nos hemos visto antes?

Aunque, para mí, primero tendrán que dar la cara los juzgadores y responsables de denegar legalmente la libertad y el derecho a la única muerte que, como consecuencia de un acto de la razón humana, puede considerarse ética y moralmente justificable. Si el fallo fuese favorable, habrá triunfado la razón. Si triunfase la razón en este país mío, cada ciudadano que en él habita tendría el privilegio de elegir, como tú, su tiempo de amar, vivir y morir. Hablar de que existe un tiempo para todo bajo el sol, sin que la razón pueda actuar éticamente en cada caso, convertiría al racional en un absurdo. Si fuese negativa, será el fracaso de la razón, y también una condena formal y moral a una muerte por inanición como sutilmente me sugieren ciertos pastores y muchos corderos. Según estos «apóstoles» del bien, ésa es la forma más ética porque no compromete a nadie. No hacerlo así, dicen, es de cobardes. Como puedes ver, a dios no le importa —según sus intermediarios— que uno se muera de inanición, pero sí con unas cuantas pastillas.

Morir es siempre renacer, querida Martha, sólo los necios no se lo creen.

Sólo el criminal teme a su conciencia.

Solamente el malvado y el necio temen al infierno...

Ya que la razón ha triunfado en tu país, o has tenido la fortuna de haber ido a parar a un lugar bajo el sol donde la razón se ha impuesto a la su-

perstición, te felicito y te deseo un buen viaje hacia el cielo.

¡Siempre está el cielo después de la muerte para los que han amado la vida! Espero que nos encontremos al doblar alguna esquina del universo.

Cuando la semilla de la liberación nace en la conciencia del ser humano, toda fuerza opositora, todo sofisma o fundamentalismo fanático y represor que se oponga a que germine y fructifique es sufrimiento y dolor que se va acumulando sobre la tierra como la gestación de un monstruo que parirá inexorablemente un apocalipsis. Quienes, en nombre del conocimiento y de la ciencia, ocultan criminalmente esta constante histórica evolutiva, son unos malvados porque asesinan la esperanza. Y, si no pueden o no quieren verlo, son unos necios irresponsables.

La semilla de su autoliberación ha nacido en la conciencia del individuo, ya forma parte de lo eterno, nunca se podrá detener.

Un cariñoso y fraternal abrazo.

Querida Aurora:

He recibido tu abrazo y el diálogo que lo acompañaba dentro de la carta que me enviaste desde Tortosa. Me son gratos, tanto el simbólico abrazo como el real y sugerente diálogo sobre el equilibrio del individuo.

¿Qué deseo?

El placer.

¿Qué no deseo?

El dolor.

Abrazo y diálogo son el ideal de los amantes, y por tanto el del amor y la vida. Su deseo sería dialogar eternamente abrazados, pero el equilibrio exige separarse de vez en cuando para recuperar energías; trabajar para alimentarse, vestirse y refugiarse, porque si no fuese así se morirían de hambre y de amor —de placer— mientras buscan el sentido de su existencia. Es decir, para mantener el estado placentero es necesario cierto grado de esfuerzo desagradable —de dolor.

Me decías, cuando te leí la carta para M. A., que yo me refería a los grandes equilibrios. Dabas a entender —o así lo entendí— que es más importante para el ser humano el equilibrio de su universo personal, espiritual, psicológico: los pequeños equilibrios.

Si formamos parte del todo, el todo y la nada deben ser lo mismo, y participar del mismo abrazo. Si el universo abraza a las galaxias, las galaxias a sus estrellas, el sol a nuestra tierra, nuestra tierra a los seres vivos, el ser vivo a sus propios átomos y el átomo a sus electrones, todo se abraza, o mantiene el equilibrio por medio de unos brazos invisibles de la gravedad, o relatividad, de una ley inexorable que, por ahora, sólo podemos deducir según los datos que poseemos. ¡Confiar o no depende mucho de los maestros!

No hay grandes ni pequeños equilibrios, todo es uno.

El psicológico está regido —y debe estar relacionado con todo— por esas tres leyes: placer, dolor y temor. El temor sería como una gravedad que mantiene el equilibrio de la vida con su protector abrazo.

Siempre nos abrazamos, o nos abrazan, tanto física como psicológicamente, ante un dolor real o posible —también como muestra afectiva, claro—: el niño a sus padres, los padres a un padre superior. Con respecto a la eutanasia, creo que éste es el dilema que las castas dominantes no quieren, o no saben resolver, tanto jurídica como moralmente por causa de un inmaduro paternalismo protector de la vida.

El fin del crecimiento psicológico, racional, espiritual, ético, moral, no es buscar un protector al que abrazarnos para que nos libere del temor, el fin es liberarnos del temor para liberarnos del dolor.

¿Cómo liberarnos del temor?

El sufrimiento nos da la pauta a seguir por una razón ética. Todo sufrimiento provoca una especie de salto psicológico hacia delante... ¡No quiero el dolor!



↙ Pero hay sufrimientos lógicos, y hay sufrimientos absurdos. Sólo en lo irremediable el salto es verdad, el deseo es verdadero. No es error.

Volviendo a la lógica ley de los grandes equilibrios, si la tierra o un planeta cualquiera se sale de su órbita, no se pierde ni se destruye, perderá su forma pero encontrará otra forma de equilibrio. El planeta se dejará llevar por la ley del universo. Chocará con algún otro cuerpo que lo absorberá o se desintegrará, pero se entregará sin temor al juego de la vida. No se resiste a la ley. ¡A la lógica!

¿Por qué la razón sí?

Por un interesado y erróneo cultivo del temor.

Cuando el ser humano pierde el equilibrio, rompiéndose el cuello por ejemplo, lo primero que desea es recuperarlo. Lo mismo sucede con cualquier enfermedad en su proceso irreversible hacia la desintegración material del cuerpo, la muerte.

Pero el deseo de recuperar el equilibrio es irrealizable. Nuestro raciocinio lo confirma. Sin embargo el deseo es puro, no engaña. ¡Si no queremos eso, obviamente, deseamos lo otro! Aquí es donde la conciencia tiene —más que el derecho— la obligación de decidirse por el bien o el mal, el libre albedrío, la libertad.

Y como regresar atrás no es posible, sólo queda trascender, soltarse del abrazo con que el temor nos tiene atrapados, dejarse llevar por el deseo de no sufrir. La razón se impone así al instinto, al deseo de abrazarnos desesperadamente a una madre-vida que nos quiere mucho pero que no puede liberarnos del sufrimiento que nos afecta. ¡Es amor! Sólo es la voluntad personal la que puede liberarnos soltándonos de ese asidero instintivo y dejándonos llevar por la corriente del río de la vida, por la ley de la muerte racional.

Hasta aquí, es una forma de explicar una lógica intuitiva más que racional.

En lo que respecta a mi equilibrio personal dentro de lo absurdo, como tú bien dices, sólo podré hacértelo comprender —espero— con el símil del animal domesticado.

Para domesticar a un animal, es decir, someterlo psicológicamente a la voluntad del humano, se le atemoriza demostrándole que puedes vencerlo físicamente o/y que puedes matarlo de hambre o sed, en definitiva, que puedes causarle dolor si no obedece. ¡O se resigna o lo destruyen!

Por terror, el animal acaba entregándose a un amo. También se le puede seducir afectivamente, claro, pero ése es otro tema.

Después del accidente, y con el diagnóstico de los técnicos confirmando la imposibilidad científica de devolverme el equilibrio entre cerebro y cuerpo —ese dualismo que armoniza deseo y voluntad—, lo primero que pensé fue que era mejor la muerte. Es decir, no al dolor absurdo, sí a otro equilibrio.

↙ El técnico triunfador, psicoamaestrado por su casta para negar su ignorancia, dirá que pasé por las diferentes etapas de la negación, tregua, negociación, aceptación. Sólo se escuchan e interpretan a sí mismos.

Cuando me negué a perder el pudor y la dignidad, me vi dando manotazos como un animal al que tratan de domesticar.

¿Qué quiero decir con «manotazos»?

Un día mi madre me dijo: «Yo no soy la culpable.»

Cierto, pensé, resultaría absurdo que pagasen inocentes por culpables. Dejé de dar manotazos para evitar la locura; se podría decir que les entregué mi cuerpo a los domadores. Pero nunca les

entregaré mi conciencia. Nunca me harán creer con sus fundamentos de derecho que proteger la vida humana en contra de la voluntad personal es un acto noble, racional, humano, justo y bueno. ¡Y no es porque no trate de entenderlos, es porque cuanto más conozco, más absurdas me resultan sus razones!

Cuando estos domesticadores profesionales califican de trastornada a cualquier persona que se niega a aceptar la realidad del deterioro físico o psíquico irreversible, ellos mismos se están contradiciendo, ya que esa misma acusación podría hacérsela a ellos, pues médicos, juristas, teólogos, filósofos y legisladores contrarios a la eutanasia se niegan a aceptar que la práctica de la medicina tiene que llevar consecuentemente a la implantación de un nuevo derecho: el de la persona a renunciar a ciertos estados de decrepitud humillante que se prolongan artificialmente como consecuencia de un erróneo concepto de lo que proteger —la vida— significa.

Los mismos que hablan de protección se niegan a aceptar que están imponiendo aquello que no desean para sí mismos; es decir, no aceptan su incoherencia o su ignorancia. Se niegan a aceptar su fracaso.

Mi equilibrio —si lo es— consiste en saber que se puede sobrevivir domesticado en el infierno, pero sin olvidarme jamás de que es absurdo permanecer en él.

Como digo en un párrafo de la carta a M. A., lo que falla es el medio de liberarse. Eso es lo que demando de los supuestos protectores de la vida, pero ellos siguen empeñados en negar la evidencia de la sinrazón y en demostrar que en realidad deseo otras cosas. O que la vida es una cosa abstracta, es decir, que el individuo no existe. Lo paradó-

[ jico es que eso lo fundamentan unos seres humanos que se consideran a sí mismos sabios.

En fin, tratan de negar la superioridad de la razón sobre el instinto y la creencia. Y para confirmarlo aseguran que quien desea morirse de verdad, puede hacerlo de hambre y de sed, por ejemplo. Al parecer, esa irresponsabilidad psicológica, esa idea simplista, les está dando buen resultado, pues más de un amigo ya se ha sumado a ella.

No importa; trataré de mantener el equilibrio mientras mis temerosos e inmaduros protectores filosofan gravemente sobre la moralidad o inmoralidad, o de la conveniencia de soltarme del abrazo de sus brazos jurídicos, teológicos, deontológicos o demagógicos.

¡Espero aguantar hasta que decidan tan peliaguda cuestión!

Un abrazo.

## LA PALOMITA ENJAULADA

Begoña Bóveda es una chica de veinticinco años que lleva veinte en una silla de ruedas sufriendo ataques epilépticos. Sueña eternamente con un novio, espera.

Ay, Begoña, Begoñita,  
palomita que se agita  
clavadita en su sillita  
como queriendo escapar  
de su jaula —esa silla,  
que la vida al parecer  
se la clavó por la espalda  
y allí la dejó sentada  
veinticinco primaveras.

¡Hostia! ¡Mierda! —dice ella  
cuando sus piernas se agitan,  
pero lo dice bajito  
como temiendo ofender  
a un invisible fantasma  
que se está burlando de ella.

¡Grita fuerte, Begoñita!  
¡Hostia! ¡Mierda! ¡Hijo de puta!  
¡Desclávame de este asiento  
y no tires de esos hilos invisibles,  
que no soy tu marioneta!

¡Grita, Begoñita, grita  
para que tē oigan los cielos!,  
que alguien tendrá que pagar  
semejantes atropellos.

«Begoñita», dicen ellos:  
«donde hay gritos no hay poesía».  
Porque no están como tú,  
Begoñita, en los infiernos.

(Para Begoña Bóveda, mi compañera en el infierno.)

## LA METAMORFOSIS

No puedo concederte lo que no es mío,  
ya que hoy es todo tuyo lo que mío fue ayer.  
Recuerda que me dijiste que estabas sola y sentías  
frío.

Te has olvidado, acaso, que te dejé para cubrirte  
aquella noche todo mi ser.

Hay en cada entrega una metamorfosis  
y lo que se entrega jamás se puede volver a poseer.  
Cierto que a veces nos es devuelto el ser después  
de amado.

Pero, aunque parezca que es siempre el mismo,  
acaba siempre de renacer.

Como no quiero que me devuelvas ese ser mío al  
que has amado,  
hazme un favor, si puede ser.

Tú me dijiste que te gustaba sentirlo cerca.  
Si no te importa, me gustaría que te lo quedases.  
Siempre ha tenido como ideal acariciar  
eternamente el corazón de una mujer.

Querida Laura:

Como te dije hace un rato por teléfono, he recibido los libros que me habéis enviado junto con los Cohibas y tu amable y tierna carta. Después de leer la carta y fumarme uno de los puros, con sabor y aroma de amigos-as, de sol del Caribe y de otras añoranzas que se despertaron, hojeé los libros. ¡Gracias! Cuando los haya leído enteros, te diré cuánto me encantó la magia que atisbo en ellos.

La frase que sigue es de tu carta: «He pensado en tu deseo de muerte y en lo llena que tu cabeza está de vida, y me vuelve la tristeza cuando siento esta contradicción tan fuerte.»

Sí, hay vida en mi cabeza porque yo amo la vida, pero toda la vida, a todo ser vivo, sea racional o irracional, porque todo ser vivo es misteriosamente hermoso. Y como soy un ser racional y tengo una sensibilidad estética, no acepto la fealdad de contemplar a un ser vivo —en este caso a mí mismo— en un estado tan miserable de impotencia; que sobrevivir así me causa vergüenza y, por lo tanto, una gran humillación. De aquí nace el concepto racional de morir por defender nuestra dignidad. Repito que yo amo cualquier ser vivo, y no solamente a la mezquina, codiciosa y soberbia especie humana —que la amo también a

pesar de todo—, pero me parece que hay algo aberrante en su razonar. Ese empeño en protegerse tanto a sí misma que llega a lo absurdo de querer proteger la vida de los demás individuos de su especie en contra de la voluntad racional de éstos. ¡Es una forma de esclavitud!

Porque hay vida en mi cabeza, pero una vida racional, creo y pienso que la libertad es lo único que le da sentido a la vida. La libertad es el anhelo más fuerte de todo ser que posee la capacidad de movimiento. Se puede renunciar a gran parte de ese movimiento y aún sentirse libre. Y habrá quien se resigne a sobrevivir sin ninguna libertad de movimiento. Yo no. Yo no acepto la vida sin la mínima libertad de movimiento que me dé mi cuerpo para sobrevivir por mí mismo. Sin esa mínima libertad no hay posibilidad de sentir felicidad o alegría.

Hay animales que sin libertad ni siquiera se reproducen. Otros se mueren de tristeza y de melancolía si los privan de su libertad. Yo soy también un animal, pero que tiene la capacidad de preguntarse cuál es el sentido de la vida, y siempre me sale la misma respuesta: el sentido de la vida es la libertad para ser libre de vivir, amar y morir, pero libre, libre, libre...

Pero mi libertad es la libertad de todo ser viviente, de la vida toda. No es solamente mi deseo egoísta y codicioso de quererme a mí mismo, o a mis familiares y amigos, sino a todos los seres humanos que han sido mis padres y madres, y a todos los seres humanos que son y serán nuestros hijos, y a todos los seres vivientes que son y serán nuestros hermanos. Vaya paradoja, ¿no?, a cuantos mataron hasta su extinción.

Dejando a un lado el origen y la génesis de esa especie, mi vida pertenece a esa especie, pero antes me pertenece a mí como individuo celular de

ese grupo. El grupo dominante de esa especie puede negarme la libertad de mi muerte voluntaria, si con mi acto pongo en peligro a la especie misma, o la vida y la libertad de algunos de sus individuos. Pero yo no atento contra ninguno de estos dos principios con la acción de poner término a mi vida.

¿Entiendes por qué se me niega ese acto de libertad, de respeto y amor por mí mismo, que no es, al fin y al cabo, más que un gesto de amor y respeto a la misma vida? La respuesta es obvia: por mantener el principio de autoridad, no por amor y respeto a la vida, a la especie o al individuo.

De este modo nunca me han respetado. Mi raciocinio y mi conciencia pasarán de la vida a la muerte siendo esclavos de otras conciencias. He padecido la más atroz e inmoral de las esclavitudes sólo porque a mis amos les habrá convenido políticamente. En su momento abolieron la esclavitud de los cuerpos pero, al parecer, le tienen mucho más miedo a la libertad de la conciencia.

El concepto constitucional de la dignidad de la persona no puede quedarse a la altura de un simple derecho a que la persona no pueda ser torturada, humillada, por el poder y la autoridad del Estado. Se tendría que entender que la persona tiene el derecho a no ser humillada por la tortura del sufrimiento inútil, irremediable y atroz.

Te decía al principio que se puede tener amor a la vida y desear, al mismo tiempo, la muerte cuando se hace por amor a la vida entera como un todo sensible. Por mi dignidad, creo que ya te lo he explicado. Para referirme a la vida sensible pondré por ejemplo la anécdota que tú conoces porque estabas presente cuando sucedió: la de aquella persona que me preguntaba por las causas y motivos para desear morirme. Yo le contaba la vertiente

triste y patética de mi historia, como me la cuento y vivo cada día. Creía que aquella persona tenía la coraza y el casco del técnico que ejerce el oficio de observar la historia de humanas ruinas, cuando me di cuenta de que se le rompía el alma, y que no le servían de nada la coraza y el casco, porque no los llevaba o porque no los tenía bien ajustados como las normas del oficio ordenan: que no me duela mucho el sufrimiento que yo no pueda remediar, y si me duele tanto que me hace llorar de impotencia y de rabia, la culpable injusticia o la necedad de los que no la remedian, entonces es mejor no mirar hacia esas ruinas.

Pero aquella escena, que tú y yo mirábamos, es o pertenece a lo que yo llamo la vida sensible, un todo afectivo, porque mi sufrimiento era su sufrimiento, y el sufrimiento de ella era el mío también. Éramos dos seres impotentes para ayudarnos mutuamente. Si me hubiera podido morir en aquel instante, o antes de ese instante, yo me hubiese marchado de la vida con una de las más tiernas, humanas y serenas miradas. Aquella persona se hubiera entristecido menos porque mi dolor —que era también un poco suyo— se terminaba. Yo me habría muerto sabiendo que mi dolor no le volvería a causar el mismo sufrimiento a otro ser sensible que me contemplase. Ya no estaría aquí para que pudiese verme como una piltrafa humana.

Te podrás preguntar que si digo que uno puede querer morirse por amor a los demás, ¿por qué no querer sobrevivir por ellos también, si con tu muerte les causas un dolor? Y la respuesta es bastante obvia: ¿cuál sería el sufrimiento más injusto?

Dices en tu carta que conoces a personas que en mi circunstancia quieren seguir viviendo a pesar de todo. Se dejan engañar o escuchan lo que quieren oír para espantar sus miedos, los que tie-

nen capacidad de raciocinio. La mayoría ya tienen, ¿o tenemos?, atrofiado el sentido de nuestra autoestima, el pudor, y la dignidad. La inmensa mayoría no quieren, ni les dejan, ver su propia realidad.

Decías también que habías conocido a una chica tetrapléjica que no aceptaba su situación y me hablabas de su conflicto con su padre. Yo pienso que la solución es bastante simple: a esa chica se le debería preguntar si quiere sobrevivir o no en el infierno. Y la determinación sería, estrictamente, un acto de voluntad personal. Si yo fuera el padre de esa chica le preguntaría si quiere morir o vivir. Si su respuesta fuera la muerte, le daría un plazo de tres meses para que volviera a meditar su situación. La chica tendría que hacerse responsable de sus actos, y no descargar su odio contra los demás.

Yo también conozco a personas de esas que tú dices que aparentan ganas de vivir. ¡Hay mucho artificio y mucho fingimiento para ocultar el miedo y la angustia en casi todos nosotros! Cuando oigo hablar a alguno de los técnicos de esos centros hospitalarios, y decir que la mayoría de las personas que llegan a sus dominios con la muerte tirando de ellos ya no la piden porque se han entregado a sus amorosos cuidados. Habría que preguntarse si con hábitos culturales diferentes esas personas se comportarían psicológicamente del mismo modo.

Te preguntas si en una silla de ruedas mi vida —te dejo que la llares así— habría sido distinta. No, nunca la quise ni la querré. Aceptar la silla es aceptar esa miserable libertad. Es aceptar un poco, también, el poder caritativo del sistema y su capacidad de persuasión. Aceptar la silla —me refiero a un tetrapléjico— es aceptar la apariencia de persona cuando no se es más que una cabeza.

¡A mí no me basta solamente la cabeza, ni aunque pudiese desarrollar alguna actividad de carácter intelectual!

Te explicaré cuál era el verdadero significado de las imágenes de mi cuerpo desnudo en un reportaje de Telemadrid. Al verlas resultan chocantes, horribles, y de mal gusto. Pero la condición era que comenzasen con el siguiente texto, o que no se emitiese el reportaje: «Querido teleespectador, éstas son las imágenes de un cuerpo atrofiado, insensible, muerto, al que está pegada mi cabeza sensible y racional. Si pensar es un diálogo entre mi raciocinio y mi circunstancia, ese diálogo me lleva a la conclusión de que la muerte es lo mejor para mí. Ya que no hay nada más cierto que tengo que morirme.»

Mientras uno pueda valerse por sí mismo, sea con silla de ruedas, muletas o bastones, siempre que esa persona se crea libre, su vida tendrá sentido. Y cuando ese sentido se acabe, y la razón humana lo entienda, entonces será el tiempo de morir. «Hay un tiempo para todo bajo el sol.»

Sí, he pensado muchas, muchas veces si ha valido la pena sobrevivir todos estos años. No, no valió para nada mi sufrimiento, ni tampoco el dolor que mi sufrimiento ha causado. Si hubiera tenido la libertad de morirme a tiempo, el dolor habría tenido la medida del amor humano. Habría dejado mi mirada en otra mirada, mi sonrisa en otra sonrisa, todo mi recuerdo de agradecimiento en quien me hubiese ayudado, por amor y respeto, a despojarme de mi cuerpo. Habría dejado, como deja el sol cuando se sumerge en el mar al anochecer, pintado en el cielo el más impresionante y hermoso cuadro: un gesto sereno como una caricia de despedida antes de irse a dormir. Como una pupila que, lentamente, va cerrando el párpado in-

menso del cielo pintado de rojo, y a medida que asciende se va difuminando en oro, ocre y azul, hasta unirse en lo alto en el sueño oscuro de la noche, que lo empuja hacia abajo, muy poquito a poco, con tanta ternura que más bien parece que alguien invisible lo esté acunando para que se duerma.

Morirse es sólo eso. Echarse a dormir cuando uno está muy cansado, sereno y tranquilo, sin temor al sueño, sin tristeza ni rencor mezquino, dejando en el mundo un recuerdo bueno de nosotros mismos, en todo lo que hemos amado, como dejó el sol su más hermosa despedida grabada en mi recuerdo. Pero para eso hay que ser tan libres, tan libres, tan buenos, tan buenos, que tal vez sería desear que los humanos fuesen demasiado humanos.

Personalmente, pienso que para tolerar la eutanasia, o el derecho a morir por dignidad, se necesita amar de verdad a las personas y a la vida, y tener un profundo sentido de la bondad.

Te aseguro que el día que recibí vuestros regalos estaba muy contento, pues uno —yo— no tiene tantas oportunidades de encontrarse con personas como tú, de esas que al mirarlas a la cara vemos en ellas, a través de sus pupilas, algo más de lo que nos puedan decir sus palabras. Ese alguien que te dice con el alma que desea protegerte. Y tú le respondes con la tuya que ya lo sabes. Y te gustaría decirle, para no mirar su tristeza, que basta sentirte querido para sobrevivir, que cuando te sientes tratado con amabilidad y ternura es motivo suficiente para pegarte a la vida como una lapa. Y te gustaría decirle —parodiando a Neruda— que la ternura cae al alma como al pasto el rocío, pero no puedes porque eso tampoco te basta.

Recibe un beso y un abrazo muy fuertes, muy fuertes.

Querida Laura:

Me dices que te escriba y que te cuente lo que pienso sobre dios, la vida, el amor y la muerte. También me preguntas en la última carta —o te preguntas— con la lógica curiosidad de la periodista, si lloro, si me desespero, o si deseo tanto la muerte que no hay nada que me haga cambiar de idea.

¿Y por qué te estoy escribiendo a ti, precisamente, cuando eres periodista, si me prometí a mí mismo no contarle jamás nada a nadie, como me propusieron miles de veces? ¿Por qué lo hago entonces?

El día que Gené Gordó me dijo que había una periodista que quería hacer un reportaje sobre la eutanasia, había dos cosas que me resultaron dignas de confianza: una era el nombre de la persona, Laura Palmés; la otra era que ella padecía esclerosis múltiple y que estaba de acuerdo en que la persona debe tener ese derecho. Después se va confirmando el primer impulso. Se van confirmando mis propias certezas de que hay seres humanos a los que vale la pena haber conocido, y haberles hecho una pequeña caricia como un guiño cómplice y solidario, por si les sirve de bálsamo humano para aliviar, aunque sólo sea por un ins-

tante, el dolor de vivir. No es por el tópico estúpido de ¡yo te comprendo! No. Es porque si algo he aprendido en estos veinticinco años es que sólo tengo un amor para dar, que es la ternura, aunque muchas personas confundan la amabilidad, la sonrisa amable y la paciencia estoica con la estupidez.

De la vida pienso que comienza por el amor; y todo lo que se entiende por amor es en la ley universal de la vida un placer: una llamada tuya por teléfono es una forma de amarme porque me agrada escuchar tu voz. Y si tú me dices que te agrada recibir alguna de mis cartas, ésa es una forma de amarte, pues a mí me satisface también saber que mis tonterías pueden hacerte alguna ilusión. La ilusión de un ensueño que dure un momento, no porque yo diga nada interesante, sino por el simple hecho de saber que hay alguien que idealiza nuestra imagen en sus pensamientos.

Después hay el placer de contemplar el mar, oler su perfume de algas y ensoñar con miles de otros placenteros recuerdos —los desagradables se dejan a un lado—, y oler el perfume del bosque y de la tierra, y escuchar los sonidos de la naturaleza toda. Todo eso es placer, como es un placer recibir en la cara, un día de invierno, la cálida ternura de un rayo de sol como si fuera una caricia de la naturaleza —madre cósmica que nos parió—. Sin embargo, todo ese placer, para mí, no equilibra el peso entre el deseo de vivir y la necesidad de morir. No es amor suficiente el que me da la vida. ¿Sabes lo que mi madre le pedía a dios? Que la vida que ella había engendrado con su amor —yo— se la llevase ocho días antes que a ella, u ocho días después. Claro que mi madre se lo pedía a dios, y yo se lo pido a la ley, pero al parecer los dos están sordos, o, lo que es peor: los dos son la misma per-



sona. Las madres siempre deberían hacer de dioses, porque siempre serían justas. Siempre obrarían con amor.

Hay gente —mucha, al parecer— que tiene un modo muy extraño de quererme (de amarme); y es que, unos por unas causas y otros por otras, quieren que siga un poco más para llegar al mismo sitio, pero, eso sí, a su manera.

El día que me tiré al mar —más bien me caí— estaba pensando, precisamente, en el otro amor: en uno que había durado justo veintidós días. Ella tenía dieciocho años y yo veinticuatro. Hacía casi un año, en un pequeño puerto de Fortaleza (Brasil). Comparaba aquel amor de marinero, loco, libre, sin ningún prejuicio moral, con éste de ahora, honesto y atemorizado por perder el virgo, y pensaba en que tenía que cenar en compañía de su familia aquella noche. Si te digo la verdad, tenía dudas sobre si dejar plantada la formal cena de compromiso, esposa y cadenas, y largarme al Brasil donde las putas no cobraban tarifa.

En el reportaje que me hiciste sobre la eutanasia (morir para vivir), cuando me preguntaste por la novia, lo primero que me vino a la memoria fue lo que te acabo de contar, por eso dudaba entre narrar la anécdota o dejarlo en lo esencial de la última mujer en la que se había detenido mi barco, como si fuese el último puerto que tocase en busca de un amor de mujer. Tal vez eso que tanto idealizamos no sea más que una simple ley universal, la de la gravedad, que nos lleva siempre, inexorablemente, a girar alrededor de la figura de la mujer, y la mujer del hombre. Y cada especie gira alrededor de su propia ley, la del placer fatal de reproducirse.

Pienso que amor, vida y muerte, es todo lo mismo. Son las distintas leyes que rigen un todo. Cier-

to que nuestra especie tiene la capacidad de preguntarse de dónde ha salido y cómo, y hacia dónde va y para qué. Analizamos nuestros sentimientos y tratamos con desesperación de encontrarles sentido; pero en el fondo de todo siempre yace la ley cósmica del deseo del placer. ¿Qué es, si no, el mito de Dios? Además de una figura moral, un lugar donde el dolor no existe, sólo el placer. El bienestar eterno.

Me preguntas si me desespero. No, sólo que ya no tengo nada que hacer aquí. Sólo recordando la vida no se puede vivir. Tiene que haber un equilibrio entre el cuerpo y la mente. Si uno de los dos falla, falla el mismo proyecto que la vida ideó. ¿De qué sirve que se conserven en la memoria intactos todos los sentimientos, fantasías y pasiones intrínsecas a todo ser humano, si sólo sirven para atormentarme con deseos que jamás se podrán realizar? No es desesperación. Es lógica racional. La idea de la muerte en estas circunstancias es más que un simple deseo de separarse de la vida. Es el deseo de terminar una existencia que no encaja dentro de las leyes de mi razón.

No hay belleza posible, porque no queda esperanza. Y cuando a la vida no le queda belleza, nos ofrece la muerte, la poesía del sueño que busca la razón. No hay que darle más vueltas. El ser humano no acepta su mortalidad porque la ley universal del miedo a la muerte no se lo permite. Una persona puede sobrevivir con la ayuda de sus semejantes. Puede y debe ser así, si él solicita su ayuda. Pero, cuando uno no puede sobrevivir por sus propios medios, y solicita ayuda de los demás, los demás deben prestarle esa ayuda que él solicita, no la que los demás quieran darle de acuerdo con sus prejuicios morales.

Pienso que la existencia de Dios es una deduc-

ción lógica de la capacidad racional de la especie humana, pero es una deducción errónea. Es lógica en su tiempo, pero queda superada por el paso siguiente en el proceso evolutivo de la especie. Ese paso siguiente es la razón científica y el conocimiento de las leyes del equilibrio universal.

El individuo en sus primeros diálogos con la naturaleza y los fenómenos que lo impresionan y atemorizan llega a una conclusión —lógica para un ser místico y supersticioso—: que tiene que existir una ley, un principio, un ser creador de algo tan incomprensible para él como es la vida y el universo.

La confusión se crea cuando los brujos creen interpretar en sus delirios la voluntad del principio creador.

Cuando se debate el derecho de la persona a terminar su vida, siempre aparecen en la escena los médicos —menos en tu reportaje— y siempre repiten la misma irracionalidad: nosotros estamos para salvar vidas.

Los médicos no salvan vidas. Reparar accidentes o curan enfermedades, y esperan, como lógica consecuencia, prolongar la vida un poco más de tiempo. Pero, cuando no se puede reparar el accidente o curar la enfermedad, su autoridad moral o sus juicios de valor sobre cómo y cuándo una persona puede terminar su vida, su influencia sobre las decisiones judiciales o sobre la conciencia de los legisladores no debería tener más peso que las mías —en este caso— o las de otro ciudadano cualquiera que reclame el derecho a su muerte.

La otra casta es la de los curas. Ellos dicen que son salvadores de almas.

Todas esas castas que detentan el poder de controlar a los más débiles —o menos brutales—, cuando se dieron cuenta que la astucia servía para

montarse a lomos de otro bicho viviente, acabaron esclavizándonos a todos en nombre del progreso, del bien colectivo, de la patria o de Dios.

Yo soy un ser biológicamente vivo a partir de un punto concreto en que la ley universal del placer me puso en movimiento. A partir del amor de mis padres.

Nací el 5 de enero de 1943. La vida, tal vez, no sea más que un cúmulo de casualidades. Según recuerdo, vagamente, creo que le había cogido gusto al estudio pero, cuando comenzaba a disfrutar con el placer de la comprensión lógica de las matemáticas y de la letra escrita, me lo cortaron en seco. Un día me acerqué a la mesa del maestro para hacerle una pregunta sobre una duda que tenía; él, sin más ni más, cogió una vara y me descargó un palo tan fuerte en la cabeza que me abrió una brecha cuya herida comenzó a sangrar abundantemente. Después el maestro volvió a su postura inicial con la cabeza entre las manos. Yo me retiré a la mesa, tapándome la herida hasta que dejó de sangrar. Allí acabó mi curiosidad. Nunca más intenté que me resolviera alguna duda aquel maestro. A los dieciocho años volví a interesarme por los quebrados —como se llamaban entonces— con la ayuda de un amigo, porque los necesitaba para el cálculo de ciertas funciones relacionadas con mi oficio de mecánico.

Recuerdo que, entre los ocho y los diez años, mis padres me preguntaban si quería estudiar para cura, influenciados por los consejos de una tía mía muy beata. Yo me enfurruñaba ante la espantosa idea de verme vestido con aquellas sotanas, y mi única respuesta era: «*jeu non quero ser cura!*» —yo no quiero ser cura—. También pensaba que si me metía a cura no podría casarme. Ya conocía unos juegos con las niñas —alguna, cla-

ro—, juegos que sabíamos que estaban absolutamente prohibidos para aquellos bichos raros vestidos con sotana.

Quando comencé a leer por mi cuenta, después del accidente, me convertí a la religión de los modernos profetas, los profetas de la razón científica. Y los maestros del racionalismo me sedujeron, me convencieron de que pensar es una forma de orar—de humanizarme— más efectiva.

Lo asombroso para la razón humana es la belleza de la vida en sí misma. Eso es lo que nos impulsa a amarla. No por el poder que tenga el personaje, la fuerza o el principio creador. Con lo poco que conocemos del origen de la materia y de los secretos que quedan aún por desvelar sobre los procesos físico-químicos, como determinantes para la formación de seres vivos, a mi razón le parece más lógica, más creíble, la idea de que la materia lleve en sí misma la capacidad de poder evolucionar con inteligencia, por medio de estímulos físico-químicos, hasta llegar a hacerse racional.

Mi creencia en la materia racional por el proceso evolutivo es tan sagrada como la de aquellos que creen en su existencia debido a la caprichosa voluntad de un dios. Los creyentes en la palabra de los profetas antiguos dirán que mis razonamientos son una mezcla de mística alucinación y sofismas disparatados. ¡Cierto!, pero mi locura es tan respetable como la suya.

Pero, ¿cómo me entiendo?

1.º Todo ser humano debe ser considerado como un fin en sí mismo (Kant).

2.º Lo sagrado no es la vida de ese ser humano, sino que lo sagrado es el derecho del ser humano a vivir o morir de acuerdo con sus principios, o conceptos éticos y morales de la dignidad y la libertad.

3.º Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda valer siempre y al mismo tiempo como principio de una legislación universal (Kant).

4.º Prefiero padecer la injusticia antes que cometerla (Sócrates).

Mi incapacidad física me causa un sufrimiento del que no puedo liberarme. Eso me causa una humillación que mi concepto de la dignidad no admite. ¿Quién me causa esta humillación? La vida, la circunstancia. No es dios, ni su voluntad porque yo no la creo. Pero en un informe que pidió el Ministerio de Asuntos Sociales a no sé qué consejeros, o autoridades sobre el tema de la eutanasia, el portavoz de dicho consejo dice que no se puede saber cuándo un sufrimiento es o no insoportable. ¿Cómo pueden juzgar entonces? Pienso que todo fenómeno tiene una génesis muy simple: cuando el animal racional (humano) descubrió la forma de dominar a todas las demás especies incluyó en ese dominio a sus propios hijos, los esclavizó. Fue expulsando a los que iban sobrando —el mito de Caín—. Hoy son tantos los hijos expulsados de todos sus paraísos... Tantos son los que sobran para mano de obra barata. Siervos que se han convertido en la plaga de la explosión demográfica, la superpoblación. Son los parias de todo el universo. Parece que no son hijos de nadie, ni siquiera de dios. Son los miserables que reivindican la tierra de la que fueron expulsados por sus padres. Y las religiones los entretienen con la promesa de que hallarán la justicia a todas sus humillaciones después de la muerte. «¡Ellos heredarán el cielo!»

Dios no es más que la representación de aquel padre dominante y astuto explotador del miedo de sus hijos para domesticarlos a su voluntad.

¿Y de la religión? Era antaño lo que son hoy en día los psicólogos del sistema estatal de salud: con-

vencen a los hijos del poderoso sultán, patriarca o patrón para que se sometan a la autoridad suprema del señor.

¿Y de la confesión? Pues es el sistema policial y de espionaje más perfecto que ningún otro posterior: si se conoce el alma —los verdaderos sentimientos del individuo— se tiene la mejor forma de dominarlo.

En resumen, te preguntarás qué quiero decir con tanta palabrería. ¿Quiero decir que dios, Estado y religión son cosas absurdas? No. Lo que quiero decir es que los mitos y sus creadores persisten en mantenerse en el error demasiado tiempo. Quieren que no se pueda volver hacia atrás en la historia, pero persisten en imponer unas culturas sobre las otras con el sofisma de la civilización.

Si alguien me quiere, me ama y me respeta, que me preste la ayuda que yo le pida, que me ame con el respeto que yo le solicito. Si no es así, será una violación de mis principios, de mi personalidad, de mis creencias, de mi dios. Lo mejor será aquello que yo amo y comprendo. Y lo mejor que todo ser humano —y no humano— comprende es el amor. Y el amor es dar como dan el sol, el agua, la mar y el aire. ¿Dios? ¿La naturaleza? No piden nada a cambio. Sólo el equilibrio. No hay error o crimen más atroz que negarle a una persona el derecho de poner fin a su vida para terminar un sufrimiento incurable. Esos mismos que prohíben contemplan indiferentes cómo mueren millones de seres humanos de hambre y miseria, o cómo le dan armas, cada uno al bando al que pertenece su religión, para que se masacren en guerras repugnantes en defensa de su dios, de su cultura, de su religión.

Cuando sus razonamientos no nos convencen, que prevalezca nuestra voluntad de abandonar la

vida para curar nuestro sufrimiento. Ésa es la verdadera forma de mostrarle amor y respeto a la vida y al ser humano. Sin pedir nada a cambio. Así nos aman el sol, la tierra, la mar, el agua y el aire. En nombre de su dios.

## FUNDAMENTOS DE DERECHO Y RAZÓN PERSONAL

*(La trampa infernal)*

Reflexiones sobre el derecho de la persona a terminar su vida como renuncia a un bien personal.

Señora Justicia:

A la hora de hacer un juicio de valor, los jueces les dan a los fundamentos de derecho el peso de una verdad dogmatizada, y a la razón personal la levedad de la filosofía.

Sin embargo, el derecho y sus fundamentos no son más que principios éticos emanados de la razón humanizada. En consecuencia, a la hora de acudir a los fundamentos de derecho para determinar si un acto o un propósito están bien o mal —hacer justicia—, debería tener más peso en su balanza la razón que la ley. La ley puede estar astuta y ambiguamente concebida con un propósito de dominio, la razón pura no. Ésta evoluciona normalmente con el conocimiento.

¡La ley no podrá prever todos los casos injustos, la razón sí!

Cuando la ley tenga dudas, porque las costumbres hayan evolucionado con el paso del tiempo —como sucede hoy con la eutanasia, propuesta como un acto de la voluntad personal para liberarse de sufrimientos irracionales—, debe prevalecer el peso de la razón ética personal.

Sólo hay una norma fundamental de derecho, la Constitución. Para juzgar conductas no criminales, sólo hay —o debería haber— un intérprete, el juez. ¿Que habría diferentes y a veces contradictorias sentencias?

Para eso está el pueblo del que emana su autoridad, el jurado democráticamente elegido que las confirmaría como bien o mal colectivo, o como bien o mal personal. El legislador, por último, más que las leyes haría análisis ético-morales. Creo que es usted enemiga de toda crueldad, de toda esclavitud, de toda mentira, de toda intolerancia e incoherencia. Haga que sus alumnos lo entiendan. ¡Por favor!

\* según la Constitución se elige al jurado democráticamente elegido para juzgar el proceso durante el cual se ve el caso

Señores jueces:

Considero que a la hora de juzgar determinadas conductas ético-morales, como en el caso que les planteo, no deberían tener más norma fundamental que la Constitución, porque si no es así, no son los jueces quienes juzgan sino los políticos cuando escriben la ley y crean la trampa y la ambigüedad.

Sólo si los jueces y jurados tuviesen la potestad de sentenciar de acuerdo con la norma constitucional, y sus conciencias fuesen como un procesador humano —y humanizado— que va recibiendo sistemáticamente conocimientos e información para entender lo que es social y democráticamente tolerable, y también conveniente reformar o corregir, la justicia seguiría el ritmo del proceso evolutivo de una sociedad democrática formada por individuos libres y responsables.

En abril de 1993 acudí ante los tribunales de justicia con una demanda formalmente presentada por mi abogado don Jorge Arroyo Martínez que, en síntesis, preguntaba si debe ser sancionada judicialmente la persona que me preste ayuda, sabiendo que es con el fin de provocar voluntaria y libremente mi muerte.

Hay demasiadas personas que, en apariencia

capacitadas para hacer un juicio de valor, se preguntan, y me preguntan, si realmente deseo morir, pues me indican que si así fuese puedo provocarme desde una pulmonía a taponar una sonda, no curarme una infección de orina, inyectarme un virus, morirme de hambre, o que me mate discretamente cualquier persona.

Entre tanto absurdo maestro que acepta y propone toda clase de formas aberrantes de morir, menos la voluntaria y legalmente permitida, me parece que la función de los jueces tiene que ser algo más que la de aplicarle códigos al rebaño como un mudo y fiel guardián que defiende los intereses de su degenerado amo. Cuando un juez guarda silencio ante una ley obviamente hipócrita, y por tanto injusta, en esa sociedad no puede haber nobleza ni bondad. Si la justicia es la exigencia de una conducta ética respetuosa, la función del juez debe ser la de maestro más que la de vigilante.

Si aceptamos que debe haber unas normas y medios para juzgar comportamientos irresponsables, en casos de conductas éticas —no criminales—, la justicia debería ser inmediata para que tuviese vida, de lo contrario es como si estuviese enlatada, y para lo único que sirve, antes que para corregir situaciones injustas, anacronismos y tradicionales barbaridades, es para perpetuarlas.

El deseo y la buena voluntad son el origen de todo bien y de toda justicia.

La picaresca, la doblez, la hipocresía y la astucia son el origen de toda confusión y desconfianza social y universal.

La vida evoluciona corrigiendo sistemáticamente el error, de ella deberían copiar los humanos.

Es un grave error negarle a una persona el de-

recho a disponer de su vida porque es negarle el derecho a corregir el error del dolor irracional. Como bien dijeron los jueces de la Audiencia de Barcelona: vivir es un derecho pero no una obligación. Sin embargo no lo corrigieron, ni nadie parece ser responsable de corregirlo.

Aquellos que esgrimen el derecho como el protector indiscutible de la vida humana, considerándola como algo abstracto y por encima de la voluntad personal, sin excepción alguna, son los más inmorales. Podrán disfrazarse de maestros en filosofías jurídicas, médicas, políticas o metafísico-teológicas, pero desde el instante en que justifiquen lo absurdo se convierten en hipócritas.

La razón puede entender la inmoralidad, pero nunca puede justificarla. Cuando el derecho a la vida se impone como un deber. Cuando se penaliza ejercer el derecho a liberarse del dolor absurdo que conlleva la existencia de una vida absolutamente deteriorada, el derecho se ha convertido en absurdo, y las voluntades personales que lo fundamentan, normativizan e imponen, unas tiranías.

Acudí a los tribunales de justicia para que ustedes decidiesen si me asistía o no ese derecho que mi conciencia considera exclusivamente de ámbito moral. Y creo que humanamente calificada. Acudí a la justicia, no sólo para que me respondiesen a un asunto de interés personal, sino porque considero mi deber denunciar la injusticia y rebelarme contra la hipocresía de un Estado y de una religión que, democráticamente concebidos, toleran la práctica de la eutanasia si es llevada a cabo con discreción y secretismo, pero no con la sensatez y la claridad de la razón liberadora. También para denunciar que jamás puede prevalecer el interés de ninguna tiranía o tirano por

encima de la razón ética de la conciencia del hombre. Justificar sufrimientos irremediables por el interés de alguien que no sea el desafortunado ser humano que los padece es crear el infierno para que diablos y diablillos disfruten con el espectáculo de los condenados, mientras filosofan gravemente sobre el sentido del dolor.

El juez que no se rebela ante la injusticia se convierte en un delincuente.

Claro que puede calmar su conciencia culpable afirmando que cumple con su deber, pero si consiente en que alguien utilice el sufrimiento de otros por su propio interés. Si consiente que la justicia se haga la sorda, cuando él sabe que lo hace porque políticamente no interesa escuchar, ese juez se hace cómplice de la delincuencia astutamente organizada bajo la apariencia de nobles y respetables instituciones: familia, Estado, religión.

Dicen algunos políticos, teólogos y otros aprendices falsarios de profeta que mi lucha podría servirme como aliciente y darme motivos para vivir.

Debería ser también el deber de un juez perseguir a quienes insultan la razón y castigarlos severamente.

Mi único propósito es defender mi dignidad de persona y libertad de conciencia, no por capricho, sino porque las valoro y considero un principio de justicia universal. Con una sentencia favorable, tal vez no se volviera a obligar a otro ser humano a sobrevivir como tetrapléjico, cuando no fuese ésa su voluntad. Mi lucha tendría sentido si la justicia me concede el bien que para mí reclamo; si no es así, todo ese esfuerzo que algunos dicen puede dar sentido a mi vida habría sido estéril.

Espero que no piensen como los teólogos, políticos y aprendices de profeta que lo que da sen-

tido a mi vida es la facultad de reclamar un derecho y una libertad, eso sí, dando por supuesto que no me serán concedidos nunca. Espero que no sea usted cómplice de tanta burla y falta de respeto a la razón humana. Ningún esfuerzo inútil tiene sentido.

La intolerancia es el terrorismo contra la razón. Cualquier esfuerzo humano que tenga como fin liberar a la vida del sufrimiento, la crueldad y el dolor, y sea convertido en estéril con interesados sofismas es un fracaso del bien y un triunfo del mal.

Si no se le concede a cada individuo la oportunidad de hacer todo aquello que su conciencia considera bueno, no hay perfección ética posible porque no hay evolución posible.

Si no se le concede al individuo el derecho a una muerte racional voluntariamente decidida, la humanidad no podrá llegar a aceptar culturalmente su propia mortalidad. Y si no se entiende el sentido de la muerte, tampoco se entiende el sentido de la vida.

El juez tiene el mandato de velar por la seguridad jurídica del grupo. Pero, por coherencia ético-moral, para que ese cometido fuese equilibrado y justo, tendría que defender antes la conciencia individual. El Estado tiene medios represores para protegerse de las posibles agresiones individuales. Sin embargo, el individuo se encuentra indefenso para protegerse del abuso de las agresiones del Estado. Si el juez se dedica a aplicar códigos es un fanático fundamentalista que, obviamente, está de una parte.

¡Es su deber corregir este error!  
Atentamente.

Los fieles lacayos que sirven al rey,  
para sostener su regia figura  
aplican —celosos— la pícara ley  
con autoritaria y fiel mano dura.

Guardan con rigor la sagrada forma,  
para mantener cada quien su puesto.  
Hacer, vigilar y aplicar la norma,  
con boato, pompa, y algún padrenuestro.

Y yo que no tengo de lacayo alma,  
observo aterrado cómo a la justicia,  
en vez de jueces la sirven lacayos  
ebrios de soberbia, llenos de codicia.

Los fieles lacayos sirven a su amo,  
con gesto sumiso y abnegación,  
y el amo los honra por su lealtad  
con algún halago.

Mientras los esclavos reclamamos —tercos—  
la emancipación.  
Para liberarnos de la tiranía de amos y lacayos,  
de la indignidad y la humillación.